

Una de las entradas de la larguísima y eterna lista de Lan Jingyi sobre cosas para mejorar de sí mismo era la paciencia, y se había encontrado ahí, inmutable, desde el principio. Como si ella misma esperara pacientemente (¡ha!) a que el chico hiciera algún progreso. La verdad, no era por no querer hacerlo. Era que, cuando sus opciones consistían en, por un lado, tomar un momento para evaluar la situación y, por el otro, ceder al impulso, su verdadero yo ganaba siempre la partida. Usualmente, se daba cuenta de qué había pasado después de perder la oportunidad, y eso sólo la mitad de las veces.

Un día, sin embargo, tras revisar su lista por la mañana y ver que sólo seguía acumulando página tras página, se prometió a sí mismo trabajar en ella. Hizo preguntas aquí y allá, ojeó un par de libros, y para el medio día tomó la decisión de comenzar una huerta. Las plantas tardan en crecer, ¿cierto? Hay que tener paciencia para plantarlas, cuidarlas, esperar a que florezcan... Las que daban flores, al menos. Pero tampoco era nada demasiado complicado. Lo único que necesitaba eran semillas, algo con qué hacer agujeros en la tierra para ponerlas, y un lugar dónde hacer dichos agujeros. Oh, y agua.

Las semillas eran fáciles de obtener. Podría comprarlas en la ciudad al pie de la montaña. Para los agujeros, un palo estaría bien. Ahora, el lugar... Eso era más difícil. No había una buena zona en Los Recesos de las Nubes que no estuviera ya en uso ya fuera por personas o por conejos. O un burro. Además, quería hacer esto en un lugar donde nadie le hiciera preguntas. Era algo personal. Al atardecer, recordó una zona cercana a donde Wen Ning había construido su cabaña. Era plana y había un arroyo cerca. Sí, ahí estaría bien. Feliz consigo mismo y la decisión que había tomado, se fue a dormir, listo para la siguiente parte de esta aventura.

Al día siguiente, al terminar sus tareas diarias, se excusó y salió a comprar las semillas. Para comenzar, pidió unas cuantas de un tipo fácil de cuidar y después se encaminó al lugar elegido, eligiendo un buen palo en el trayecto. Una vez que reunió todo, se sintió listo para triunfar.

— Lan Jingyi, buen día — dijo Wen Ning alrededor de una hora después, cuando lo encontró trabajando. — ¿Qué haces?

— ¡Buen día, Wen Ning! — respondió Lan Jingyi. A esa altura todavía estaba lleno de entusiasmo y no se le había ido el aliento—. Estoy plantando un huerto.

— ¿Un huerto? — repitió Wen Ning, como si fuera difícil de creer.

—¡Sí! — Lan Jingyi dejó de trabajar y se acercó al recién llegado—. Es un buen lugar, ¿no te parece?

—Podría ser. Pero el suelo necesita algo de trabajo.

—¡Lo sé! Por eso estoy haciendo agujeros para las semillas.

— Disculpa que me entrometa, pero ¿dónde aprendiste a hacer esto?

El chico rió.

— Ah, lo he visto en un par de ilustraciones y al pasar por el campo.

Wen Ning se tomó un momento para pensar cómo expresar lo que quería decir, pero ese momento de distracción bastó para que un grupo de aves bajara a comerse las semillas que Lan Jingyi había dejado en el suelo. Por fortuna, hicieron mucho ruido y el chico las escuchó a tiempo.

—¡Hey! — exclamó, corriendo para espantarlas. Al revisar su trabajo, se dio cuenta de que, aunque el daño no era mucho esta vez, podría llegar a serlo si dejaba su huerta sola, y en esto no había pensado.

Wen Ning se acercó a él de nuevo.

— Quizá pueda ayudar — dijo —. Tengo algo de experiencia con estas cosas.

—¡Espantapájaros!—exclamó Jingyi.

—¿Disculpa?

—Necesito un espantapájaros, pero me va a tomar tiempo hacer uno. ¿Qué va a pasar con mi huerta?

Lan Jingyi hizo una breve pausa tras la cual fijó los ojos en Wen Ning. El destello en su mirada hizo retroceder al General Fantasma un par de pasos.

—Ah...

Lan Jingyi se puso de pie e hizo la reverencia más profunda posible.

—¡Por favor, Wen Ning! ¡Wen Qionglin! Sólo mientras hago el espantapájaros.

—Hay muchas más cosas por hacer...

—¡Y esta es una muy buena para comenzar!

Lan Jingyi utilizó entonces La Mirada con la que siempre convencía a Lan Sizhui para hacer casi cualquier cosa. Por un momento, pareció que no iba a funcionar, pero tras aumentar la intensidad, Wen Ning se dio por vencido.

—Sólo por esta noche —dijo—. Y después te voy a ayudar a hacer lo demás.

—¡Bien! ¡Muchas gracias! Ahora, párate acá y extiende los brazos... Sí, así.

El chico se separó un par de pasos y examinó su obra. Wen Ning estaba justo en medio de la huerta. Antes de irse, hizo otra reverencia.

—Muchas gracias de nuevo. Volveré tan pronto como pueda.

Dicho eso, se fue corriendo rumbo a su casa, a armar ese espantapájaros.

Por su parte, de haber sido capaz, Wen Ning hubiera suspirado profundamente. Pero sí, este era el nivel de cariño que le tenía a estos chicos.